

Así mi impulso al aura de la vida,  
y así mi musa a su ilusión liviana  
de que brote la carne un lirio místico.  
¡Bestia de los demonios poseída,  
oh carne! es hora ya del don eucarístico...

Cintila el cielo en gajos de luceros,  
y querubas de vuelos melodiosos  
revuelan de luceros a luceros.

Tengo la sensación de que discurro  
delante de los pórticos sagrados;  
alguien canta mi canto en la distancia;  
brotan dulces jardines los collados  
y asumen mi ternura en su fragancia.

Claridad estelar, templo encendido,  
rima errante en la noche de pavora,  
huerto a la luz de Vesper. ¿En olvido  
mi sér se muere, mi canción no dura,  
y fuí no más que un lúgubre alarido?

Carne, bestia, mi Amiga y mi Enemiga:  
yo soy Tú, que por leyes ominosas,  
cual vano mimbre que meció una espiga  
te haces nada en el polvo de la cosas...

¿Y la divina psiquis, la Rosa entre las rosas?

¿Y mis amores, que irisé de lágrimas?  
¿Y mi ciudad neblina tras la ilusión del día?  
¿Y mis antorchas que erigí de emblema?  
¿Y esta quietud, y este ímpetu anhelante  
hacia una ley o una verdad suprema?

Peso sobre tus pétalos ¡oh Rosa  
Espiritual! tan lúgubre y cerrada  
la noche, tan vacía y rencorosa,  
que en vano el brillo de tu broche efunde.  
Amor. Deleite. Horror. Pavesas. Nada...

¡Nada, nada por siempre! Y merecía  
mi Alma, por los dioses engañada,  
la Verdad, y la Ley, y la Armonía...  
Sé digna de este horror y de esta nada,  
y activa y valerosa ¡oh Alma mía!

3

Como en la vaguedad de un espejismo:  
—¿qué sabes?— mi conciencia me interroga,  
fluída en llanto entre mi propio abismo.

Y miro al mar ardiente, al monte flavo  
que suaviza el azul, la estrella límpida  
rielando en el rocío del capullo;  
y, en sus cunas, los cándidos infantes,  
cazados con las redes del arulllo  
por el Sueño, de manos hechizantes.

Y vuelto a mí, gimiendo el corazón:  
—¿qué sabes?— vanamente me interrogo,  
mudo, bajo la múltiple emoción.

Sólo un saber escondo claro y justo:  
llévole como antorcha y como daga  
en medio del cerrado laberinto;  
en su vasta amplitud mi fe naufraga  
y hallo en su anchura incómodo recinto.

Se oyen sordos, roncros lamentos,  
y alzan sus puños en el vacío  
los Pensamientos.

¡Oh, menguado saber, pobre riqueza  
de formas en imágenes trocadas,  
ley ondeante, ciencia que alucina,  
que cada noche en el silencio empieza  
y cada día con el sol culmina!

¡Oh, menguado saber de la iracunda  
vida, que ante mis ojos se renueva,  
germinal y cruel, ciega y profunda;  
madre de los mil partos y el misterio  
que al barro humilla y a Psiquis subleva!

Como ventana que el azul del cielo  
circunscribe, se entreabren los sentidos.  
¡Pobre, ruin saber! Y, sin embargo,  
la leve mariposa del anhelo  
entra por la ventana sin ruidos.

Cuaja en el corazón de la manzana  
la dulzura estival: la mariposa  
vuela del fondo de la carne humana.

Que al claro cielo  
suba el anhelo...

Por ese vuelo, la heredad natía  
canté con rima de ideal retorno,  
en la ingenua parábola temprana.  
En el turquí del éter desleía  
una nácar tenue mi primer mañana.

Por eso anhelo, entre los acres pinos  
y las rosas en llamas del ocaso,  
al hablar dejo la palabra trunca.  
El tiempo es breve y el vigor escaso,  
y la Amada ideal no vino nunca.

Por eso anhelo en rimas balbucientes  
canto el rojo camino que a la tarde  
se pinta en la montaña evocadora—  
o a la vívida luz del sol temprano—  
como una obsesión conturbadora  
de sangre y sangre en el azul lejano.

Y por él amo, en fin, y por él sueño  
con una honda transfusión divina  
de la luz en mi carne de tortura,—  
¡puesto que está la estrella vespertina  
sobre el horror de esta prisión obscura!

Columpia el mar su cauda nacarina,  
y en ustorios relámpagos de espejos  
esplende en bruma fúlgida la carne de la on-  
y fulge Acuarimántima a lo lejos... [dina,

4

Yo descendí de la antioqueña cumbre,  
el alma en paz y el corazón en lumbre,  
de austera estirpe que el honor decora,  
y el claro sortilegio de la aurora  
bruñó mi lira y la libró de herrumbre.

Y fui, viajero de nivoso monte,  
y umbría roza de maíz, al valle  
que dá a la luz su fruta entre su llama,  
y había miel de filtros de zinzonte  
que detrama canción de rama en rama.

Y el mar, divino, a mí divinamente  
su honda virtud hizo afluir entera:  
gusté su yodo... y la embriaguez ignota  
de no sé cuál sagrada primavera  
bajo la paz de una ciudad remota.

Fulgía en mi ilusión Acuarimántima.

Ciudad de bien, fastuosa, legendaria,  
ciudad de amor y esfuerzo y armonía  
y de meditación y de plegaria;  
una ciudad azúlea, egregia, fuerte,  
una Jerusalem de poesía.

Y como los cruzados medioevales  
ceñime al torso fúlgida coraza

## Caballeros:

sus vestidos de casimir

## Señoras y Señoritas:

sus abrigos a la medida o sus  
vestidos de estilo sastre, sólo la

## SASTRERIA LA COLOMBIANA

de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

podrá complacerlos; única especializada  
en esta clase de trabajos.

HAGA UNA VISITA Y SERA  
BIEN ATENDIDO

50 varas al Sur de la Cantina Chelles,  
Paseo de los Estudiantes

TELEFONO 3283

Sucursal en CARTAGO: 50 vs. al Norte del Te-  
atro Apolo.—Sucursal en HEREDIA: frente al  
Teatro ASTRAL.

y fuíme en pos de la ciudad cautiva,  
burlando la guadaña de la muerte,  
y la fortuna a mi querer esquiva.

La ondulante odisea rememoro  
con amor y dolor... Un linde vago,  
de súbito sangriento, ya cetrino...  
Un buque, un muelle, un joven noctivago...  
y el tono de la voz y el pan marcino...

La maravilla clara y transparente  
de las noches de junio por la hondura  
de un huerto viola, en ácidos alcores;  
y allí la levadura de unos cantos  
hecha de mezquindad, y sinsabores.

Y aquella niña del amor florido  
y oloroso y ritual y enardecido,  
el seno como un fruto no oprimido,  
y un dulzor en los besos diluido,  
y un no sé qué, que túrbame el sentido.

Y la huraña beldad, el mármol yerto  
e incommovible; y la infantina huraña  
que era el postrer jazmín que daba un huerto...  
Me figuro las luces de sus ojos  
como dos cirios de un cariño muerto.

Y el arduo afán en el impulso vario  
para resolver el canto en melodía...  
Detrame un tuisenior en el himnario  
toda la miel del día.  
Silencios de armonía.  
Un rumor milenarío,  
y la luz de tu lámpara ¡oh Sophia!

(Húmedos los cabellos —cristalinos caireles  
de agua —y sol— aún ondulan fantásticas on-  
(diras;

pero danza en la luz un coro de donceles,  
en la playa, al influjo de las sales marinas...)

5

Turbaban mi conciencia en el precario  
vivir, el ala inquieta, el viento vario,  
fantasmas familiares,  
misterios presentidos,  
amores y cantares  
de jóvenes floridos,

Distinguida y fina  
es siempre la Cerveza GAMBRINUS